

# OBSTÁCULOS A LA REFORMA EN LA AMÉRICA LATINA

CLAUDIO VÉLIZ,  
*del Royal Institute of International Affairs*

CUALESQUIERA QUE SEAN LAS esperanzas abrigadas, especialmente en los círculos oficiales de los Estados Unidos, en favor de un proceso de reforma más o menos rápido, democrático, y eficiente en la América Latina, la responsabilidad de iniciar y llevar al cabo esta reforma se ha puesto definitivamente en manos de los grupos caracterizados como "sectores medios", "masas medias" o "segmentos medios". Generalmente se presupone que los demás grupos en que puede clasificarse la sociedad, o son incapaces o no están dispuestos a aceptar tal responsabilidad. Por parte de los Estados Unidos, estos anhelos reformistas también están ligados al deseo de romper su alianza tradicional con los grupos que, en el espectro político, se encuentran situados a la extrema derecha y de buscar nuevos contactos, que permitan el establecimiento de bases firmes para cooperar con los partidos políticos o coaliciones del centro izquierda. Actualmente los Estados Unidos quieren dar una impresión de reformistas y no reaccionarios. Esto les llevará a perder una parte considerable del apoyo que proviene de la extrema derecha, apoyo del que pueden darse el lujo de prescindir ya que será compensado con creces por la nueva y vigorosa ayuda que probablemente surgirá de las filas de los partidos y grupos moderados del centro izquierda. Al ayudar a los partidos políticos que, apoyados en la clase media, se inclinan en favor de las reformas democráticas, los Estados Unidos esperan conjurar el fantasma de la sublevación comunista, haciendo entrar en el siglo xx, por la fuerza si es preciso, a los grupos terratenientes reaccionarios, para convertirse de esta manera en los campeones del cambio es-

tructural, democrático, inteligente y bien planeado en la América Latina.

Por escrito, esto parece impresionante y sensato en grado sumo; en la práctica, probablemente fracasará. Esta actitud tan pesimista no tiene nada que ver con la evidente sinceridad de los Estados Unidos, sino con la naturaleza de los movimientos "populistas" de la América Latina, el antinorteamericanismo y, lo que es aún más significativo, con la naturaleza de los grupos sociales y las motivaciones de las clases medias urbanas del continente latinoamericano.

### *Movimientos populistas*

Tarde o temprano, quienes estudian la política latinoamericanas se sorprenden al descubrir que nunca hubo una revuelta comunista o socialista que haya tenido éxito en el Continente. Aún más, los Partidos comunistas y socialistas, actuando bajo estas denominaciones y reconocidos como tales, nunca han ganado una elección importante o han asumido el control de un país latinoamericano a través de victorias electorales. Por otra parte, lo que obviamente ha estado sucediendo en la América Latina es una serie de victorias de coaliciones vagas, confusas y obstinadas que generalmente se clasifican bajo el término genérico de "movimientos populistas". Encajan dentro de esta clase el Movimiento Nacional Revolucionario de Bolivia, Acción Democrática de Venezuela, el Frente de Acción Popular de Chile, el movimiento peronista argentino, el caso extraño del populismo brasileño que arranca desde Vargas y continúa hasta Quadros y Goulart, la Alianza Popular Revolucionaria Americana del Perú e incluso el Movimiento 26 de Julio de Fidel Castro. Ninguna de estas coaliciones o partidos políticos que han tenido tanto éxito puede ser tachado de comunista o socialista, pero todos son, de una forma u otra, reminiscentes del socialismo, y ocasionalmente adoptan *slogans*, programas o trucos de propaganda que en otros países sólo el Partido comunista utiliza.

Han sido estos movimientos populistas y no partidos comunistas y socialistas fuertes, dirigidos desde Moscú, los que han llevado al cabo la nacionalización de los bienes extranjeros, las expulsiones arbitrarias de periodistas norteamericanos, las reformas prematuras y mal organizadas y la confiscación de las fortunas privadas locales. Alegar que un puñado de comunistas mañosamente emboscados en estos gigantescos movimientos populares es el que promueve estas cosas alarmantes, aparte de ser una tontería, no toma en cuenta el hecho evidente de que desde ningún punto de vista Perón fue un títere comunista, que no estuvo bajo las órdenes de nadie y que el MNR boliviano y el APRA peruano, Getulio Vargas y de que aún el primitivo Movimiento 26 de Julio de Fidel Castro, ni siquiera estuvieron aliados con el Partido comunista y, en muchos casos, fueron atacados violentamente por éste.

Por desagradable o difícil que sea clasificar estos grupos, e incluso describirlos, el hecho es que son populares, que han triunfado y que son intrínsecamente latinoamericanos. Son un resultado *sui generis* del aterrizaje forzoso del continente en el siglo xx. En muchos aspectos pretende ser todo a la vez y frecuentemente tienen que enfrentarse a resultados desastrosos después de años de arduo trabajo. Pero cuando triunfan, lo cual es frecuente, traen consigo cambios que son trascendentales e irrevocables. Una ojeada a los resultados perdurables de la caótica Revolución mexicana, o de la igualmente desorganizada Revolución boliviana, sin contar los cambios causados por la revolución de Fidel Castro, conduce al observador a darse cuenta de que la falta de refinamiento político *à l'européenne* no constituye necesariamente una desventaja cuando se trata de cambiar la estructura social y económica de una nación. Pero lo que importa de los movimientos populistas es que su apoyo, directa o indirectamente, es absolutamente esencial en cualquier alianza, coalición o agrupamiento de los partidos centro izquierda. Mucho les costó aprender esto a los radicales argentinos y otros países como el Perú, Venezuela y Chile también han experimentado las dificultades electorales que vienen de la inclusión de uno de

estos vastos, vagos y relativamente impredecibles monstruos populistas.

*Antinorteamericanismo*

Una vez establecido que es el populismo y no el comunismo quien recientemente emprendió reformas drásticas y una acción política difícil de tragar en el continente latinoamericano y después de haber aceptado el hecho evidente de que estos movimientos populistas son realmente populares, debe explicarse que su común denominador en toda la América Latina —tal vez con la notable excepción de Acción Democrática de Venezuela— es su antinorteamericanismo. Hacer a un lado este sentimiento más bien ingenuo, común a casi todos los movimientos populistas, calificándolo de infantil, irresponsable, irreal o erróneo, no viene al caso. Lo que importa es apreciar el hecho de que esta actitud se nutre de resentimientos acumulados que son fáciles de descubrir entre aquellos que tienen una conciencia política en la América latina.

A este hecho se debe que el llamado de los Estados Unidos al centro izquierda para que apoye a la Alianza para el Progreso, se vuelva tan paradójico. Aun cuando estuvieran de acuerdo con los principios de la Alianza, los partidos populistas no podrían presentar a sus partidarios una plataforma pro norteamericana, por la sencilla razón de que viven y respiran una atmósfera antinorteamericana. De hecho, cuando muchas agencias e instituciones norteamericanas tratan de diluir la típica imagen de los Estados Unidos al enviar a la América latina un gran número de técnicos y consejeros europeos, reconocen tácitamente la fuerza del sentimiento antinorteamericano en el continente.

Equiparar el antinorteamericanismo con el comunismo es un argumento que carece de sentido. El antinorteamericanismo era notable algunas décadas antes de la Revolución soviética. Ya Bolívar dijo algo al respecto y conviene señalar que los ingleses contribuyeron a su expansión durante su prolongada rivalidad política y comercial con los Estados Unidos en el siglo XIX. Por ejemplo, durante la guerra

civil chilena de 1891, los Estados Unidos apoyaron fuertemente al presidente Balmaceda y no fue un secreto que, directamente, Inglaterra apoyó moral y materialmente al movimiento revolucionario que triunfó. El antagonismo con los Estados Unidos, en todos los niveles de la sociedad del continente, se acentuó con las descripciones exageradas de la guerra con México y las incursiones esporádicas de la marina norteamericana por el Caribe. No se necesitó a un Lenin o a un Stalin para que los latinoamericanos se convencieran de que debían tener cuidado con las intenciones de su vecino del Norte.

Esta suspicacia es una de las razones por las que el último cambio de la política norteamericana hacia la América latina no ha logrado un gran éxito en obtener el apoyo del sector izquierdista. Un Haya de la Torre, reblandecido por la edad, puede apartarse de esta línea y adular a los inversionistas extranjeros, pero sabe muy bien que el APRA aún representa en las mentes de sus sencillos partidarios el antimperialismo en general y el antinorteamericanismo en particular. El presidente Frondizi ha dispuesto ya de varios meses en la prisión durante los cuales ha podido meditar sobre la desastrosa pérdida de popularidad que sufrió cuando decidió abandonar sus puntos de vista tradicionales y otorgar concesiones petroleras a compañías extranjeras.

Los ejemplos pueden multiplicarse *ad nauseam*. Son muestras antes que nada, de que el antinorteamericanismo es un fenómeno de honda raigambre en la América latina que ningún partido izquierdista puede darse el lujo de ignorar. Ni el defensor más optimista de las recomendaciones reformistas de la Alianza para el Progreso puede predecir la victoria electoral de un partido que lleve al cabo su campaña con una plataforma norteamericana. Estos sentimientos también están encontrando eco en las tradicionalmente reaccionarias fuerzas armadas. Ciertos grupos de la oficialidad joven en ocasiones se han acercado a los partidos de izquierda para planear una acción conjunta contra la "intervención extranjera". Es muy probable que estos oficiales admiren al presidente Nasser y a Kemal Ataturk y probablemente se pasen mucho tiempo estu-

diando la historia del período Meiji o leyendo a Carlos Marx. Hoy día puede aun admirar a regañadientes a Fidel Castro por su lucha contra los Estados Unidos y su rápido ascenso a la notoriedad mundial. A quien seguramente no admiran es al general Eisenhower o al general MacArthur y no van a la historia de los Estados Unidos para inspirarse. Con todo, su fervor anticomunista es igual de fuerte y es probable que sólo sea aventajado por el de los grupos tradicionales terratenientes que por primera vez empiezan a mostrar síntomas de antinorteamericanismo debido a las recomendaciones reformistas de la Alianza para el Progreso. Durante las últimas décadas, los Estados Unidos encontraron sus más denodados defensores entre los ricos de la América latina, especialmente los nuevos industriales y los terratenientes. Los industriales compraron tierras no hace mucho con el propósito de realzar su prestigio social, mientras que los terratenientes todavía controlan las fértiles tierras que el rey de España concedió a sus antepasados hace tres o cuatro siglos. A ninguno de los dos grupos le agradan las perspectivas de una reforma agraria y se han irritado porque los Estados Unidos insisten en la reforma como condición para dar ayuda monetaria.

Desde luego, hay excepciones dentro de este proceso pero, aun a riesgo de exagerar levemente, podría decirse que hoy día los Estados Unidos cuentan en la América latina con un apoyo menor del que tenían antes de que propusieran la Alianza para el Progreso. Antes de marzo de 1961, contaban tanto el apoyo incondicional de la derecha como con la oposición, también incondicional, de la izquierda. Hoy tienen la tolerancia desgana de la derecha y se conserva sin diluir la misma oposición de la izquierda. Hay muy pocos partidos fuertes del centro pero aun éstos han adoptado un punto de vista crítico. A esta tendencia general debe añadirse la impresión adversa que ha provocado el manejo de la situación cubana, impresión que sólo parcialmente ha sido borrada por los acontecimientos más recientes. Por ejemplo, antes de la expedición de Bahía de Cochinos, los partidos del centro en la América latina se enfrentaban a un dilema bien claro: la civilización occidental y el liderato norteamericano o la

barbarie comunista y el liderato soviético. Pero la Revolución cubana ha obligado a los Estados Unidos a plantear el problema en una forma radicalmente distinta. Ahora la alternativa se plantea entre Cuba y los Estados Unidos y, no obstante los proyectiles soviéticos, es muy difícil que un partido que quiera ganarse el apoyo popular, sugiera abiertamente que deba preferirse a los Estados Unidos.

*Carácter de los sectores medios urbanos*

El hecho de que el antinorteamericanismo sea más importante de lo que sus víctimas parecen creer y de que el "populismo", no el comunismo, sea el principal agente de cambios drásticos en la América latina están supeditados al factor central al que se considerará culpable del fracaso de la Alianza para el Progreso. Éste es la renuencia de los sectores medios urbanos de la América latina para iniciar, reformas estructurales básicas. Estos grupos medios han sido investidos con la responsabilidad de lo que no quieren. Hasta ahora sus líderes políticos sólo han acudido al miedo o a la codicia como incentivos adecuados para la reforma. Se ha dicho que a menos que las clases medias emprendan reformas sustanciales, vendrán los rusos a hacérselas y también que sólo si se reforman continuarán recibiendo ayuda en dólares. No obstante parece que son muy pocos los que creen que estas reformas son intrínsecamente buenas y justificables tomando en cuenta la justicia social o la eficiencia económica. Sucede que los incentivos que mueven a estos grupos son mucho más pragmáticos. Y desgraciadamente para la Alianza, el temor no parece ser un acicate muy efectivo para la acción. Para los pueblos latinoamericanos la guerra fría, a pesar de Cuba, sigue siendo un asunto lejano entre naciones distantes, mientras que la cantidad de tierra que poseen en la Argentina, Colombia o Chile es una realidad abrumadoramente concreta. El bienestar futuro de una sociedad donde todo sea justo y eficaz es un asunto del futuro, mientras que los dividendos inmediatos originados en la evasión de impuestos y el prestigio social es algo que se disfruta inmediatamente.

También la codicia es tristemente ineficaz como móvil, cuando los que van a recibir la ayuda están convencidos que la actitud de los donantes está determinada más por un interés propio que por una genuina generosidad. Precisamente por estar tan mal disfrazado el interés que mueve a los Estados Unidos frente a la América latina mucha gente cree que el vecino del Norte no puede darse el lujo de no ayudar a sus aliados sureños. Una vez que se acepta esta cínica tesis, el camino más razonable es el de una inacción ruidosa y las tan mentadas reformas se siguen postergando.

Sin embargo, el error fundamental en el enfoque norteamericano radica en su definición de clase media. Con gran entusiasmo, profesores, políticos y periodistas norteamericanos descubrieron una clase media latinoamericana y, sin detenerse a averiguar el tipo de clase media que es realmente, la han investido con una serie de cualidades que no posee. En efecto, la única característica que los grupos medios urbanos latinoamericanos comparten con la descripción de "clase media" se funda en que están en medio, entre la aristocracia tradicional por un lado y los campesinos y los obreros por el otro. Pero esta disposición geométrica no tiene nada que ver con las cualidades objetivas que claramente han caracterizado el surgimiento de la clase media en los países industriales de Europa o también de los Estados Unidos. No obstante esto, por desgracia muchos académicos y políticos se han convencido de que las clases medias que surgen en la América latina son tan celosas de sus derechos y privilegios burgueses y tan devotas del bienestar público como lo fueron los ciudadanos de Manchester hace siglo y medio.

Lo que mejor explica por qué hasta la segunda guerra mundial no hubo en la América latina una clase media fuerte, antiaristocrática, burguesa y capitalista es la ausencia de una industrial lo suficientemente fuerte para generar tal grupo de presión. La expansión de las ciudades en la América latina ha influido muy poco en el crecimiento industrial y las actitudes, inclinaciones y gustos de los habitantes de las ciudades latinoamericanas tienen muy poco, o nada en común con los de los habitantes de otras ciudades

industriales. Comparar a Filadelfia o Birmingham con Buenos Aires o Santiago no es un método de investigación satisfactorio. Pero, en efecto, muchos de los investigadores de estos problemas así lo han hecho. Han descubierto una clase media de habitantes urbanos con inclinaciones cívicas entre los cuales hay un buen número de burócratas y profesionistas, y se apresuraron a concluir que, como no son ni la antigua aristocracia terrateniente ni tampoco la clase baja de campesinos y obreros, tiene que ser *la* clase media.

En este estudio nos permitiremos considerar lo que usualmente se describe como "clase media naciente" sinónimo o semejante a lo que en otras partes se llama "grupo burgués capitalista". Probablemente esto no sea del agrado de un profesor marxista o de un sociólogo académico, pero será útil para los fines que perseguimos. La clase media europea, especialmente en Inglaterra, debió su existencia, cuando menos en parte, al crecimiento de la industria y a que se establecieron nuevas relaciones de producción entre los grupos sociales. Los miembros de esta nueva y vigorosa clase tenían conciencia de su *status* independiente y diferente de los demás, eran antiaristócratas y antitradicionalistas. Tenían una forma de producir, una nueva actitud frente a la sociedad, una nueva moral y un avasallador desprecio por los valores jerárquicos proclamados por la aristocracia terrateniente. Eran grupos dinámicos y conscientes que después de varios siglos de esforzarse obtuvieron el poder económico y pudieron llamar a la puerta del parlamento exigiendo la parte del control político a la que creían tener derecho. En el curso de su ascenso al poder se formaron hábitos morales e intelectuales que les acompañarían hasta muy entrado el siglo XIX y aun en el siglo XX.

Tal grupo jamás ha existido y no es probable que llegue a existir en la América Latina. El bien intencionado propósito de identificar una clase media liberal, industriosa, frugal y reformista en la presente estructura social latinoamericana está destinado a tener un fácil éxito inicial y un fracaso catastrófico tarde o temprano. Hay grupos que tienen las características superficiales de la clase media: hablan, escriben y

piensan sobre sí mismos como clase media, pero objetivamente no lo son y resulta difícil imaginar cómo podrán salvar la distancia que separa su conservadurismo intrínseco, su respeto por los valores jerárquicos, su admiración por sus aristocracias nacionales, su deseo vehemente de elevarse y ser aceptados por aquellos que consideran sus superiores, con el reformismo dinámico que generalmente se asocia a la idiosincrasia de la clase media.

Esta inesperada actitud conservadora de los sectores medios urbanos latinoamericanos es relativamente nueva. Hasta la segunda guerra mundial sus dirigentes políticos mantuvieron una posición reformista y hasta se asociaron con determinados partidos comunistas y socialistas locales. De hecho, durante el período que corre entre las dos guerras, algunos movimientos reformistas apoyados ampliamente en las clases medias urbanas, estuvieron a punto de lograr el control político de sus respectivos países. De esta manera invirtieron el orden tradicional que siguen los grupos y clases sociales en su proceso de ascender en la escala social. El consabido curso del ascenso social generalmente principia con la adquisición de riquezas, continúa con el logro del poder político y termina con la larga y tediosa búsqueda de prestigio social. Sin embargo, los sectores medios urbanos de la América latina llegaron a las fuentes del poder político con el apoyo del voto popular, cuando económicamente todavía carecían de importancia. No representaban a grupos industriales en proceso de crecimiento cuyas presiones políticas aumentaban día tras día, ni tampoco estaban asociados con las industrias extractivas tradicionalmente dominadas por extranjeros. La tierra seguía en manos de la vieja aristocracia y el comercio era controlado por casas extranjeras o por firmas locales menores bien establecidas. No existía sector alguno de la economía del que estos grupos urbanos nacientes pudieran obtener apoyo financiero importante. En efecto, antes de la crisis de 1929, prácticamente no hubo un desarrollo industrial apreciable en la América latina y por lo tanto es imposible atribuir el surgimiento de estos sectores medios a cambios en la estructura social tradicional. Se reclutaron en el comercio,

en la burocracia, entre los oficinistas, los profesionales y la *intelligentsia*.

Como hemos visto, el liderato político de estos grupos durante la década de 1930 fue esencialmente reformista. Al enfrentarse a la mansión del privilegio quisieron demolerla para construir una mayor donde por lo menos hubiera lugar para todos los sectores medios urbanos. Varias razones explican el fracaso de estas políticas reformistas. En primer lugar, grupos medios muy pocas veces tuvieron un control político absoluto. Aunque triunfaron en los comicios tuvieron que compartir el poder político con una burocracia administrativa ya establecida y tuvieron que moderar sus políticas para lograr el apoyo de otros poderosos partidos políticos. Sólo en México se las arreglaron para obtener la supremacía, gobernando al país a través de un sistema unipartidista que aún perdura. En segundo lugar, porque aparte de los habituales estereotipos sobre la libertad y la prosperidad, no tenían un programa definido. Una vez en el poder perdían un tiempo precioso y el ímpetu averiguando qué hacer y cómo hacerlo. Finalmente porque el estallido de la segunda guerra mundial creó una nueva situación que brindaba oportunidades sin precedente para un rápido crecimiento industrial.

#### *Acontecimientos desde la segunda guerra mundial*

Las exportaciones europeas y norteamericanas dejaron de llegar a los mercados de la América latina y en el vacío creado empezó a brotar un número fantástico de industrias. La consecuencia de todo esto fue obvia. En menos de una década los líderes de los sectores medios urbanos se volvieron inmensamente ricos. Se valieron de su acceso a las fuentes del poder y de su influencia en la burocracia para hallar jugosos negocios, conceder licencias, ejercer sus tradicionales derechos de favoritismo y aun, sin valerse de la corrupción, acumularon considerables fortunas. Estas transformaciones económicas fueron demasiado rápidas, imprevistas y accidentales como para poder dar por resultado cambios sociales significativos. No se desarrolló contradicción aparente alguna

entre el terrateniente aristócrata y los ricos líderes radicales, al contrario, se hicieron amigos íntimos y colegas políticos en cuanto el burócrata, en ascenso, compró tierras y caballos de carreras, ingresó al club de golf local y tomó su primera lección del golf. Así que, en un período de tiempo relativamente breve, los líderes abiertamente reformistas de 1938 se convirtieron en los tranquilos estadistas moderados y de mentalidad técnica de la década de 1950. Una vez que tuvieron un pie dentro, no se habló más de demoler y el problema consistió en cómo introducirse en la mansión del privilegio. La élite de los grupos medios urbanos llegó a las altas esferas del poder político y lo compartió con la aristocracia terrateniente tradicional. Se hicieron inmensamente ricos y en su nueva situación de industriales y burócratas bien protegidos se colocaron en un nivel de igualdad respecto a los ricos terratenientes. Lo único que les faltaba era el prestigio social y eso sólo podían adquirirlo de sus enemigos de la generación anterior.

El prestigio social es un activo muy importante en una nación con una aristocracia verdadera, es decir la que es políticamente activa y económicamente importante. Las aristocracias sin poder son ridículas, las que lo tienen son eminentemente respetables. En la América latina sobrevive lo que quizá es uno de los más grandes y viejos establecimientos aristocráticos del mundo occidental. A pesar de las innumerales revoluciones, guerras civiles y otras catástrofes, se las han ingeniado para conservar la mayor parte de su tierra, una parte considerable de su poder y todo el prestigio social. Los generales, los "caudillos" y los coroneles vienen y van, pero la aristocracia persiste. Hay un gran número de familias en países como Chile, Colombia, la Argentina y el Perú que dieron presidentes, senadores, prelados, profesores, jueces, militares de alto grado y hasta altos funcionarios coloniales españoles en casi todas las generaciones durante los dos últimos siglos. Estas familias son grupos aristocráticos que sus conciudadanos fácilmente reconocen por sus nombres y, en ausencia de un registro social, tienen un monopolio absoluto

del prestigio social y del favoritismo que sólo ceden a través de la amistad y de su compañía.

El hecho de que estos grupos aristocráticos hayan sobrevivido a pesar de las revoluciones, las revueltas palaciegas y movimientos similares, da la pauta para apreciar las nociones populares sobre la inestabilidad política o institucional de la América latina.

Es más, puede decirse que la historia de la estabilidad del continente casi no tiene paralelo en el mundo occidental. Hay sólo unos cuantos países —además de España y Portugal— que pueden jactarse de haber mantenido prácticamente la misma estructura social por más de dos siglos. Estos grupos aristocráticos son las cumbres sociales que los sectores medios urbanos quieren conquistar. En todo el continente los sectores medios están dispuestos a ir más allá que los conservadores defendiendo las instituciones establecidas. Si adquieren tierras con el propósito de ganar prestigio social durante las dos o tres últimas décadas, seguramente no van a deshacerse de ellas tan sólo porque la Alianza para el Progreso se lo sugiere. De hecho no es difícil advertir que la tradicional aristocracia terrateniente precisamente por su habilidad para adaptarse, está mejor preparada para ceder sus tierras, si cree que esto es necesario para sobrevivir, que los advenedizos que acaban de ingresar al club de terratenientes.

Así, pues, el ascenso social se ha vuelto una institución política. Ciertamente es que éste es un aspecto común a todo cambio social. Europa produjo una galería completa de caricaturas y estereotipos sobre el ridículo personaje del *nouveau riche*. Pero la América latina superó el viejo estilo convirtiéndolo en un fenómeno masivo, un factor institucional que de hecho está cambiando los hábitos políticos y la votación de todo el sector medio urbano. Esta tendencia puede verse claramente en los resultados electorales de los últimos años. El apoyo populista de la izquierda está concentrado sobre todo en las zonas rurales mientras que la vieja tradición electoral daba a las coaliciones izquierdistas un gran apoyo en las ciudades y no en el campo. El Partido socialista chileno —miembro de la coalición FRAP— consiguió

un solo diputado con cerca de 4,300 votos en las recientes elecciones parlamentarias en la región de Santiago que tiene cerca de dos millones de habitantes, mientras que Salvador Allende, líder del FRAP, tuvo una victoria decisiva en la región de Valparaíso y Aconcagua que tradicionalmente fue una fortaleza rural conservadora. Rómulo Betancourt llegó a ser presidente de Venezuela gracias a la fuerza del voto rural en tanto que fue claramente derrotado en Caracas. Lo mismo puede decirse de los candidatos del APRA, derrotados en Lima pero que obtienen victorias aplastantes en el campo. Cabe añadir, como todo el mundo sabe, que la oposición más fuerte al régimen revolucionario de Cuba está en las ciudades y que su apoyo más firme proviene de las fuerzas rurales. Los ejemplos pueden multiplicarse y todos muestran que la fuerza de la izquierda disminuye en la zona urbana y crece entre el campesinado.

Una de las principales razones que explica esto es el contagio experimentado aun por las capas sociales más bajas de la actitud es favor del ascenso social que manifiestan los estratos superiores del sector urbano medio. Inextricablemente unida a esta actitud está la idea de que la América latina urbana es una sociedad abierta, donde abundan las oportunidades y donde con un poco de suerte cualquier burócrata joven ambicioso o mensajero emprendedor puede llegar a los más altos niveles de la estructura social. No cabe duda de que ésta es una idea completamente falsa, pero el hecho de que cientos de miles de habitantes urbanos letrados lo tomen como una verdad, le confiere el peso y la importancia de un hecho concreto.

#### *Tendencia inflacionaria*

La tendencia inflacionaria irregular pero constante en toda la América latina es un resultado parcial de esta situación y paradójicamente también una de sus más interesantes determinantes. Recuérdese que los sectores medios urbanos han pretendido conseguir durante la misma generación el poder político y económico así como el prestigio social. Quienes vieron este fenómeno creyeron estar ante la evidencia de

una gran movilidad social. Muchas familias que hace treinta años estaban un poco por encima del nivel proletario son ahora ricas, políticamente importantes y están luchando con insistencia porque se les reconozca socialmente. Pero debido a la rapidez de este proceso, la manera más fácil de mostrar su poder y riqueza fue a través del consumo suntuario. Esta tendencia, bastante obvia por cierto, se reforzó vigorosamente por el influjo de las películas y revistas en los hábitos del consumo general y los valores aceptados por la sociedad urbana se han traducido en nuevos módulos de gasto. Cuando se establece directa o indirectamente un módulo de gasto en los sectores medios urbanos, sólo una gran depresión o una caída sustancial y prolongada de los niveles de vida reales lleva a su abandono. Se valen de las compras en abonos, la expansión interna del crédito y de otras muchas medidas para hacer posible que continúe el ascenso social. Pero las estructuras sociales rígidas que realmente no han cambiado impiden una mayor expansión industrial. La riqueza se restringe, por lo tanto, a áreas muy reducidas de las grandes ciudades y el tamaño del mercado es estacionario o, en efecto, se contrae en términos relativos. Así que la supersimplificación económica tradicional sobre la gente que consume como europea y produce como latinoamericana se vuelve parcialmente cierta.

De esta situación paradójica, la institucionalización del ascenso social se convierte en causa parcial y, a la vez, en resultado del persistente proceso inflacionario. Como causa, puede clasificarse junto a otros obstáculos estructurales del desarrollo económico. Como consecuencia, es la droga que mantiene vivas y floreciendo las expectativas de los sectores medios urbanos que se hallan rodeados de un horizonte político y social de pobreza, miseria y estancamiento.

Este aislamiento fundamental, emotivo e intelectual, en que se encuentran los sectores medios urbanos con respecto a su ambiente social y cultural puede ilustrarse dramáticamente con su esterilidad cultural básica. Las clases medias europeas no toman como fuente de inspiración ni a la aristocracia ni a las influencias extranjeras para orientar sus acti-

vidades culturales. Su manera de vestir y de vivir, sus gustos gastronómicos y arquitectónicos y sus inclinaciones en pintura y música eran propios y, dicho sea de paso, sus creadores fueron arrogantes y tercos en su lealtad a sus gustos y valores. No sucede lo mismo con los sectores medios urbanos de la América latina. En sus más elevados niveles se dejan guiar en su manera de vestir y en sus costumbres domésticas y artísticas por la aristocracia a la que tanto admiran y tanto desean alcanzar. En sus niveles más bajos copian lo que ven en revistas llamativas y en las películas en colores. Como los aristócratas de estos países —a pesar de su habilidad en el arte de la supervivencia política— no se distinguen particularmente por su originalidad o creatividad cultural, no resulta sorprendente que ellos a su vez tomen sus ideas de Europa y de los Estados Unidos. Consecuentemente, los gustos locales y las inclinaciones de los sectores medios urbanos están empezando a tener el mismo sabor de imitación automática y carente de imaginación.

#### *Actitud de la intelligentsia*

Aquí conviene preguntarse si la *intelligentsia* que evidentemente formó parte de los sectores medios urbanos en el lapso comprendido entre las dos guerras, participa hoy día en esta búsqueda entusiasta de prestigio social. La respuesta es negativa y su más obvio y claro efecto es la esterilidad creativa de las clases medias urbanas cuando se las abandona a su suerte. La *intelligentsia* dejó de identificarse con los líderes políticos sociales y económicos de los sectores medios urbanos poco después de la segunda guerra mundial cuando se hizo evidente que los nuevos plutócratas radicales habían abandonado sus programas reformistas y se habían dedicado a defender la estructura institucional establecida. Esta diferencia tajante de metas y actitudes ha llevado a la extraordinaria situación de que un gran sector urbano medio haya sido abandonado abierta e ignominiosamente por sus propios intelectuales. Este evento no es tan común como puede parecer. La *intelligentsia* de la clase media naciente inglesa estaba

totalmente identificada con sus líderes políticos y sociales. Dickens por ejemplo, nos señala Orwell, pensaba que el remedio para los males de la sociedad británica que describió era la decencia burguesa y no la revolución socialista.

Lo contrario sucede en la América latina. La mayor parte de los intelectuales del continente están en la oposición y adoptan una actitud serena pero vigiosamente crítica. Contados son los escritores, poetas, músicos, economistas, arquitectos e historiadores de la última generación que estén dispuestos a identificarse con las circunstancias políticas y sociales creadas por los dirigentes de los sectores medios urbanos. Esto no implica que todos ellos sean miembros de los partidos socialistas o comunista. En efecto, la mayoría de los intelectuales no son miembros de ningún partido. Esto significa que no piensan —como lo hicieron Dickens, Balzac, Dumas o Walt Whitman, Mark Twain o Ralph Waldo Emerson— que viven en una sociedad dinámica donde pueden corregirse las injusticias y errores ocasionales con buena voluntad y decencia burguesa. Por el contrario, se muestran hondamente escépticos, críticos y pesimistas. La desesperanza parece dominar su visión de los asuntos contemporáneos y sólo salen de su indiferencia cuando algo como la Revolución boliviana o la cubana, la victoria de Betancourt en Venezuela o la de Frondizi en la Argentina, prometen hacer reformas que iniciarían un período de intenso crecimiento que todos están deseando.

Mientras tanto, los sectores medios urbanos, esencialmente conservadores y conformistas, fundamentalmente inclinados a defender el *status quo*, emocionalmente preparados para alinearse con el viejo orden, son precisamente a los que ahora se les pide reformar, cambiar y llevar a sus naciones a una nueva era de desarrollo. No hace falta mucha perspicacia para darse cuenta de que no pueden hacerlo por más incentivos que se les proporcionen desde fuera, por la sencilla razón de que para ellos la mejor recompensa es la oportunidad de ascender socialmente en sus países, la de entrar en la resplandeciente mansión.

Una *intelligentsia* indiferente o crítica, crecientes movimientos populistas con una fuerte tradición antinorteamericana que parece no debilitarse y un gran e influyente sector urbano medio intelectual y emocionalmente comprometido en la preservación de la estructura social tradicional, son los factores que hacen muy difícil ser optimista acerca del futuro inmediato de las reformas democráticas de la América latina. Como no hay líderes reformistas que vengan de los sectores medios urbanos, los elementos olvidados de la sociedad latinoamericana, los obreros y campesinos, muy bien pueden aliarse con la *intelligentsia* disidente y asumir la responsabilidad de llevar a cabo los cambios estructurales fundamentales que se necesitan tan urgentemente.

*Publicado con la autorización del Royal Institute of International Affairs.*